

# LA LOGOTERAPIA COMO TANATOTERAPIA EXISTENCIAL

Dr. Carlos Díaz  
Congreso de Logoterapia, Guatemala

## 1. La logoterapia, descenso a los lugares más bajos

### 1.1. El yo autófago de/caído

Ustedes, estimad@s amig@s, saben muy bien que *thanatos* quiere decir *muerte* y, si comienzo por “descubrirles” esto, no es para matarlos con mi menosprecio, disculpen mi inevitable humor negro, que no puedo frenar. Pero la logoterapia –en la medida en que busca potenciar el sentido de la existencia- no podría eludir el tratamiento de aquello que más íntimamente se besa con la vida, es decir, la muerte; en tal medida también está enfocada a lo que hay en cada uno de nosotros de *muerto*, con su correspondiente *instinto de muerte*. Sin espíritu macabro podríamos, pues, denominarla *muertología con intención sanadora*.

Yo me atrevería a aventurar que una buena parte de quienes estamos aquí tenemos algunas dimensiones de nuestro yo psíquico deterioradas, e incluso gravemente, pero también enormes ganas de sanearlas traduciéndolas en vida abundante y plena de sentido. Atendiendo a esto último, la logoterapia no consiste solamente en cómo tratar al otro para que afronte la muerte y se vaya tan contento y feliz al otro mundo haciendo *pío pío* como los pajaritos, ni en crionizar preventivamente el pre-cáda-ver en un futuro, aunque a veces dé la impresión de que en su esquematización vulgar nuestras terapias vayan por esos derroteros, como si el logoterapeuta tuviera como misión encargarse del preámbulo teórico para el embalsamamiento, pura egiptología. En mi opinión, sin embargo, y en la medida en que vida y muerte se copertenecen, la logoterapia debería afrontar lo que en cada uno de nosotros hay de muerto en orden a su correspondiente afrontamiento sanador. Asclepio nunca debió pasar de moda.

Mas ¿qué debería entenderse en realidad por *muerto*? Todo aquello que funciona disfuncionalmente, aquello que no va en la línea de la realización perfecta de nuestras posibilidades, todo aquello que está inculto o no cultivado, todo lo que está torcido, no derecho, todo lo que está en vías de crecimiento pero aún no ha crecido. Todo ellas son

signos patognomónicos que anticipan en nosotros la presencia activa de *thanatos*, porque eso es precisamente –como suele decirse quejumbrosamente- es *ley de vida*.

Ahora bien, siendo eso lo muerto, sin embargo no es solamente eso, como suele pensarse, pues si bien la vida pertenece a la muerte, *también la muerte pertenece a la vida*, a la que parasita: la muerte es un parásito de la vida. En el credo católico al que voy a referirme sin ánimo apologético alguno, se confiesa entre otros artículos de fe que Jesucristo “*descendió a los infiernos*”, es decir, a los lugares sin mezcla de bien alguno y sin esperanza de salida. En general los latinos utilizaban dos términos sinónimos para mencionarlos, *infernus* (y en plural *infernus*) e *inferiora* (solamente en plural y en comparativo superlativo), es decir, los *lugares inferiores*, los lugares a los que ya no se podía caer *más bajo*. Ambos vocablos eran también usados para mandar a allí a las personas odiadas: “Vete al infierno”, se decía y sigue diciéndose. Y ésta en decadencia.

Si nos fijamos un poco, la expresión *lugares bajos* tiene un contenido altamente logoterapéutico, pues en realidad las personas con autoestima alta, pero también las que la tienen baja, y sobre todo quienes andan desmoralizados, con la moral por los suelos, no dejamos de tener lugares más bajos posibles, pues ellos no conocen límite cuando se entra en caída libre, son un descender que no cesa, jamás da uno con sus maltrechos huesos en sus lugares más bajos, no hay un “hasta aquí hemos llegado”, de ahí su horror y su misma desesperación. El descenso a los lugares más bajos es un *caer* constituido en *cadencia* de *decadencias*, cuyo pánico activa todas las alarmas. La logoterapia tiene por misión precisa descender a esas geografías terribles e iluminarlas de forma tal que podamos convivir con ellas y –mediante un giro copernicano- resituirlas en un nuevo y más adecuado horizonte de sentido. Cuando esto no se encuentra, la corriente arrastra a los muertos.

Por si esto fuera poco, nadie decae solo, la caída se produce en racimo, decayendo nosotros decae todo nuestro universo relacional, y en ese sentido podríamos intentar salvar la frase de Sartre *l'enfer c'est les autres*, el infierno (la caída en el infierno) son los otros. No negamos que en determinadas ocasiones lo sean, pero tampoco hay que olvidar que a cada infierno le basta su afán y que cada uno de nosotros tiene también sus infiernos propios. Esto significa que hay *infiernos del tú*, los cuales me *inferiorizan*, y que hay *infiernos del yo* que me van convirtiendo a mí mismo en mi totalidad en lugar inferior de la existencia, como le ocurría a *Bartleby el escribiente*; entonces me he convertido en un problema para mí mismo. Así pues, también yo soy o puedo llegar a ser ese lugar infernal e inferior –ínfimo incluso- cuyos

demonios salen de mi boca ya inmundada (sin mundo, sin asidero que frene la caída) mientras descendo con mis propios demonios, a veces con la anuencia páfida de quienes tienen la habilidad de despertármelos y la incapacidad para exorcizármelos. Las personas caen, van cayendo, y no son felices en la aparente sucesión de sus horas, pues en el río de la decadencia nunca bañarás tu cadáver dos veces en el mismo río *Algé* una vez que ya no tienes *analgésicos* que puedan aliviarte.

Una vida que presume de no haber caído en los lugares infernales estaría quizá libre de sufrimiento o de pecado, pero tendría que ser muy joven, porque las vidas adultas tienen bastante más difícil arrojar su primera piedra acusativa contra los demás mortales. Los más inmaduros presumimos de no haber tropezado, pero tropezamos al menos en la soberbia y en la vanidad con que celebran su pretendida carencia de tropiezos. Dime de qué presumes y te diré dónde tropiezas. El ser humano tropieza y *cae* (en francés caer es *tomber*, y tumba *tombeau*), por eso es de condición *enferma*, enfermiza, o enfermable, no totalmente *firme*. Abrimos con nuestra caída esos infiernos, cuya latente amenaza sentimos de una forma no solamente remota, sino también a veces tan próxima como el aliento ajeno en nuestra propia nuca.

El maestro Freud dijo lo mismo antes y mejor, pero no utilizó la palabra *infierno*, al que reputaba peyorativamente como un infundio judeocristiano. Reconoció en el hombre, eso sí, a un *enfermo crónico* necesitado por eso mismo de terapia permanente, dada la tremenda complejidad que le es constitutiva, hasta el punto de verse impelido a convertirse en bombero apagafuegos de sus propias tensiones. En la compleja riqueza humana veía también el maestro del psicoanálisis el peligro de su irremediabilidad: el *yo*, fragor de un combate intrínseco que le divide y escinde, se ve asediado por el *ello* que se le rebela *intimius intimo meo*, más íntimo que mi propia intimidad. El *ello* combate al *yo* con los enanos de sus propios miedos, hasta el extremo de poner al *yo* en retirada: el *yo nocífugo* huye del *ello nocivo* que desata los mecanismos de huida del *yo* asustado.

Pero, al propio tiempo, en el envés de este infierno del *ello* se encuentra el también infernal *superyó* que también asedia al *yo* tratando de echar abajo el portón de su fortaleza. El *superyó* es el *yo* que me gustaría ser, pero que me humilla si no estoy a la altura de su exigencia insaciable de *ser más de lo que es*. En el fondo del *yo* hay una voz que le dice: no eres *Supermán*, ni siquiera *Spiederman* y que nos insta a su emulación fáctica. El protagonista lírico de una conocida zarzuela española, *Luisa Fernanda*, angustiado por no estar a la altura del amor

que espera de su dama, eleva así el plectro sonoro de su canto: “Hubo un tonto en un lugar que se creyó golondrina, y un día se echó a volar desde lo alto de una encina, bien se pueden suponer cómo acabó la proeza, sobre un nido fue a caer y se rompió la cabeza”.

*Über Ich* no quiere decir “sobreyo” o “superyó”, en el fondo significa *otro yo que siendo yo humilla a mi propio yo*. Lo que daña a mi yo es no estar a la altura de mi propio proyecto ni del que los demás esperan de mí, sino *no ser más que un no poder*. El patito feo, alargando el cuello para ser cisne, el matón que eleva su estatura sobre sus pies de barro. El *Über Ich* aplasta con su intocabilidad al yo derrotado anticipando en él su *instinto de muerte*, al que los filósofos estoicos griegos denominaron *prolepsis thanatou*. He ahí el problema logoterapéutico máximo, el cual viene a presencia cuando mi yo deseado es inasumible por mi yo real, devorado como está por su propia autofagia. Mi yo anhela saltar por encima de un Superyo más alto pero, como el saltador de altura, se da con el listón en la cabeza cuando no logra superarlo; y esto ocurre incluso cuando, superado un listón, es reemplazado por otro más alto y a su vez inalcanzable, siempre *citius, fortius, altius*, más lejos, más fuerte, más alto, tentación del crecimiento infinito con el cual yo mismo me expulso a mí mismo del jardín del Edén y con el cual es destrozado el mismísimo Planeta Progreso. ¿Hay quien dé más?

Pero, a diferencia de este fatalismo freudiano, la logoterapia nació para asumir la realidad de los campos de concentración de nuestras vidas para dar fuelle a los pulmones apagados, y no para potenciar el delirio de la falsa liberación de los lugares más bajos, que no reconocidos devienen los infiernos más altos. Hemos venido a este mundo, querid@s logoterapeutas, para practicar la hospitalidad sin huir de lo difícil, antes al contrario afrontando sus límites, pero sin renunciar a la elasticidad y a la liberación de los espacios *angostos*, es decir, de las angustias, de esa heideggeriana *Angst* propia de los infiernos que nos encierran y nos enferman.

## **1.2. Logoterapia no es eutanasioterapia**

### **1.2.1. Apó ton nekrón**

Enfrentarse a esa autofagia devoradora resulta pesado; atrás quedó el simio desnudo, así que ¡viva el *simio vestido* bajo cuyo ropaje escondemos la desnudez de nuestra nueva precariedad! Sin embargo nosotros, simios dolicocéfalos de frente huidiza y de pensamiento no menos huidizo, seguimos arrojando la piedra y escondiendo la mano hasta el extremo de que Martin Heidegger definió en su primera obra al hombre como *Sein zum*

*Tode, ser para la muerte.* Heidegger, sin embargo, llevado por la asepsia de su fenomenología, no toma en consideración que el artículo del Credo católico al que nos referíamos, “*descendió a los infiernos*”, añade a renglón seguido “*al tercer día resucitó de entre los muertos*”.

*Apó ton nekron*, “*de entre los muertos*”, constituye una expresión muy logoterapéutica, casi su misma esencia. Sin darles una lección de griego, no se preocupen, bástenos recordar tan sólo que *nekros* significa muerte, lo muerto; si me doy un golpe en una uña se me necrosará su tejido unguicular, un lunar, una verruga, son necrosis. Naturalmente hay necrosis del alma, aunque a veces nadie las vea, excepto quienes nos quieren (eres mi amigo cuando conoces las necrosis de mi neurosis y sin embargo no huyes de las ratas de mi velero). Para evitar la percepción del sufrimiento y la oxidación a la que todos los cuerpos están sujetos tenemos las industrias del maquillaje y del *glamour*. En tal sentido el maquillaje constituye precisa y formalmente una suerte de transmisión de la muerte por contagio sobrevenida al osculeado por una exacerbación del delirio afeitoso o aceitoso de las mejillas ajenas sobre las propias con resultado de embarramiento total al terminar la fiesta. El problema es que, al final de la abigarrada charanga de los gigantes del superego y de los enanos del ello, de las mujeres barbudas y de los gigantones de nuestros pueblos, la muerte aparece entre los vómitos de la carencia de sentido, aunque tratando de metamorfosearlo presentándome como *Mister Felizmente Casado* y con una pacífica familia burguesa aparentemente desproblematizada que no es sino un nido de víboras.

Pero volvamos. Resucitó *dentro de los muertos* (*apó ton nekron*, donde la partícula *apo* precede al genitivo), no significa que el resucitado pasara por allí de turismo necrológico y que una vez cansado del macabro espectáculo se marchó a casa, todo lo contrario; significa que, habiendo compartido los lugares más bajos de cada hombre *desde dentro de ellos* en su derrelicción y cargado en su propia cruz con la de ellos, *resucitó de entre* sus muertes podridas y agusanadas restaurándolas por el poder de su amor, más fuerte que la muerte. Esto –insisto– no lo traigo a colación en modo alguno por ser católico, como tampoco lo ocultaría por no serlo, pues procuro no mezclar la fe con la logoterapia, pues la fe no suple la razón logoterapéutica. Si lo he traído a colación ha sido esperando que ello no moleste a nadie, pues no creo que pueda haber aquí alguien tan inculto ni perjudicado como para odiar una convicción de fe para *reforzar* (¡no sustituir!) la racionalidad intrínseca a la logoterapia.

Por otra parte, en español (al fin y al cabo griego y latín desmejorados) designamos con la palabra *enfermedad*, del latín *infirmitas*, a esa fragilidad de nuestra existencia expuesta, y nadie en su sano juicio podría negar que la persona enferma es *infirmis*, *no firme*. No caminamos

firmemente desde la cuna hasta la tumba, y quienes niegan estar o poder llegar a estar enfermos -no firmes- no se han parado a pensar lo suficiente: los cojos no reflexivos le echan la culpa al empedrado, al suelo, a la irregularidad y anfractuosidad del terreno. Como dijera el satírico Francisco de Quevedo y Villegas para ellos, el cojo no sólo es cojo sino, cuando se obstina en negarlo, *cojitranco de todas las patas*.

Ni la *tanatoterapia* ni la *logoterapia* tienen exclusivamente por misión ayudar a morir mejor, a morir más plácidamente después de unas palmaditas en la espalda, eso sería *eutanasioterapia*, eutanasia a mansalva para degollar en el matadero con cloroformo. No. La muerte es para resucitar en lo posible de esas necrosis confiriéndolas un horizonte de sentido allí donde existía la primacía y la tiranía del *No*, el cual puede transformarse en primacía del *Sí*, del *fiat*, del *hágase en mí*. Si por el contrario *Biología* es aplastada por *Necrología* sin luchar contra la última, entonces haremos bien en morir incolora, inodora e insípidamente.

### 1.2.2. Mientras yo viva tú no morirás

Pero cuando transfigure el “*tanto dolor se agolpa en mi costado, que por el doler me duele hasta el aliento*”, maestro Antonio Machado, seguirá mereciendo la pena acompañarte en tu lucha con las dos heridas, la del amor de Leonor, y la del mar (la muerte). A la pregunta *¿qué hacemos con la muerte?*, la logoterapia responde: vivirla dotándola de sentido, resucitarla dentro de sus propias excrescencias y sus parásitos devoradores<sup>1</sup>. Su andadura, de todos modos, no es de un solo paso, es un camino complejo y expuesto a la caída. No basta con querer, no basta con saber, no basta con poder, no basta con esperar caminar, hay que hacerlo y agradecerlo. Nada basta pero todo es necesario en la lucha proactiva contra la desconsolación y las *fuerzas del No*, a las cuales, en su sentido etimológico del término hebreo *satan*, *la acusación, el acusador*, denominaba Goethe *fuerzas satánicas*. Una vida satánica es la que acusa, la que siempre dice *no* (*stets verneinende*): el cartero llama dos veces a tu puerta, pero el diablo siempre responde *no*. La satanización de la vida, he ahí la fuerza acusativa y destructora, contra la cual es necesaria una *metanóesis logoterapéutica*, un cambio del corazón y no solamente un cambio de pastillas.

Llegado aquí, quisiera volver a llamar la atención sobre algo de la máxima importancia logoterapéutica: *¿por qué sabes tú sin el menor*

---

<sup>1</sup> Recordemos al respecto la dialéctica del *querer, saber, poder, esperar*, a la cual remito todavía. Me complace haber llegado a la cuarenta y cuatro edición de mi pequeño libro *Diez palabras clave para educar en valores*, que “no está tan mal”. Su traducción incluso al árabe me da esperanza para seguir trabajando en orden al difícilísimo encuentro entre las naciones.

*género de duda que yo te amo, por qué sé yo sin el menor género de duda que soy amado por ti? ¿Porque nos llevamos flores en un impulso amoroso, porque nos decimos que estoy loc@ por ti, porque intuyes incluso las palabras no dichas por mi balbuciente torpor lingüístico al declararte rey o reina de la creación, porque al verte veo como Dante *il sole, la luna e l'altre stelle*? Pues no, ni siquiera eso es suficiente, de hecho nadie puede demostrar a nadie que le ama, aunque lo intente de todas formas e incluso se merezca la absoluta confianza a tenor de su comportamiento pues, siempre al acecho, la bífida lengua de la serpiente con su baba satánica puede inocularnos su veneno.*

Sólo sé de tu amor porque un acto de gracia me permite aceptarlo y creer en él. Y esto lo compruebo porque si a ti te pasa algo malo, a mí también me pasa; porque si a ti te percibo amenazad@, yo me voy a percibir amenazad@; porque si a ti te siento adolorid@, yo me sentiré adolorid@ contigo. El *tú me duelas constituye la prueba irrefutable de que eres importante para mí*. Difícilmente puedo creeré a quien me diga “*I love you so much*”, por mucha confianza que le tenga, si no le duele mi dolor, mi decaída, mi depresión (*depresión* es caída de la tensión, de/cadencia de la presión). Por tanto decir *logoterapia* es otra forma de decir *solidaridad*.

Quien nos ama nos dignifica, aunque seamos los últimos de los últimos; si somos amados existimos, porque el amor nos saca de las garras de la nada y de la angustia de la muerte. Por el contrario, aunque seas el Narciso más perfecto entre los Narcisos, o así te lo creas, si nadie te quiere ni compadece no esperes que vaya a reconocerse en ti empáticamente. Qué hermoso es apapachar a la gente, hombres y mujeres, pero no porque se concentre en mí una especial e irrefrenable libido cósmica en esos momentos, la cosa es más simple: yo siento al tú en nuestro abrazo, le abrazo luego existo, me conduelo con él, luego me siento vivo compartiendo el latido de su corazón. Por tanto, el *principio de identidad del yo, quien sea yo, no está en mí, sino en la compasión que tú tienes conmigo*. Yo sé quién soy por el cómo de tu compadecerte conmigo, y a la recíproca tú sabes quién eres por el cómo de mi compadecerme contigo. Mi yo no está en mi yo sin ti, mi yo me lo das tú cuando te compadeces conmigo. Cuando soy importante para ti.

Esto lo saben muy bien los padres. Si tienes un hijo que te ha salido peor, mal, o muy mal, te vuelcas con él. No hay una relación de proporcionalidad en la paternidad o en la maternidad, todo en ella es injusto o desproporcionado aun con el hijo pródigo. Si los padres no son compasivos con sus hijos no son padres, se acabó la sabiduría de la especie. Del mismo modo, también el amor otorgado a uno mismo por sí mismo tiene su raíz en la com/pasión: la persona no *compasiva* es *despasiva*, lanza sobre el otro el padecimiento que no reconoce en sí misma. Yo no te abrazo, luego tú no existes para mí. Tú no me abrazas, luego no soy

importante para ti. Nadie me abraza, luego no existo. Muy enferma ha de estar una sociedad para imaginar que el abrazo es una ocasión sórdida para desfogar la sexualidad reprimida. Lo que el árbol de la humanidad tiene de florido vive de lo que tiene sepultado, todo su subsuelo, invisible, intangible, inaudible, me hacer ser mejor yo. Y esas raíces las moja la lluvia de tus lágrimas compasivas. Incluso a los corazones reseco les ayuda esa terapia, pues gracias a ella hay en esos monstruos potenciales más cosas de admiración que de deprecio si les compadezco. Cuando se acaba esa esperanza compasiva yo para ti no estoy, puedes morirte perro.

## 2. Soy amado luego existo

No creo que pueda haber compasión sin acción, sin hacer nada por el compadecido. Quizá podamos mostrarlo mejor si contraponemos el cálido *soy amado luego existo* logoterapéutico al frío *pienso luego existo* de Descartes. Veamos, ¿dónde está el origen de la sabiduría occidental que hace inteligible la existencia del yo? Según Descartes, *mi propio yo* se da a sí mismo la existencia cognitiva cuando piensa matemáticamente, e incluso cuando (diría Espinoza) demuestra geoméricamente la corrección del orden de sus afectos y sentimientos con la exactitud de una *ética more geometrico demonstrata*.

Ahora bien, ¿aparece el *tú* por alguna parte en esta metodología racionalista? De entrada, lo que aparece tan sólo es un *yo* inflado de *yo*, mientras el mundo y las personas que lo habitan son convidados de piedra. n yo, el mío, *sin cuerpo ni sentimientos*, tal sería la imagen de la antropología racionalista. Descartes se limita a desplegar con la cola de pavo real de buen francés el mero *yo soy yo*, aquí solo mis chicharrones truenan. El *tú* resulta para ese yo, como máximo, un *homúnculo de hombre*, según lo expresara con tristeza militante Víktor Frankl. En este parto de los montes en que el *yo* se autodescubre (*yo mi me conmigo*), el yo cartesiano indiferente al *tú* no nos dice *tú luego yo*, sino *yo luego yo*, tú retírate para que yo contemple mi propia hermosura, otra vez la mitología griega, esta vez en la figura de *Narciso sin Eco*. El yo, vanidad de vanidades y todo vanidad (*kai pánta mataiotes*), es mi poder, yo soy el único y su propiedad.

En la formulación cartesiana del *cogito ergo sum*, *je pensé donc je suis*, *pienso luego existo*, ¿encontramos algo más que un *yo que piensa*? No, desde luego. Ahora bien, ¿por qué sé yo que existo? Porque pienso bien, o lo que es lo mismo, porque soy capaz de argumentar en la forma hipotética deductiva que la rigurosa ciencia matemática lo hace a partir de discursos argumentativos que no tienen conexión directa con la realidad de los hechos. Pero entonces ¿qué significan los sentimientos en la

formulación de Descartes? Nada significan, al contrario, pues según el filósofo francés los sentidos me engañan, la memoria me engaña, mi imaginación me engaña, Dios me engaña, todo me engaña excepto cuando puedo demostrar que dos y dos son cuatro, afirmación impecable, impoluta y protegida de toda perturbación cognoscitiva al menos en el espacio euclídeo. Pero ¿dónde quedó la persona en su íntegra totalidad de carne y hueso, como dijera don Miguel de Unamuno? Si ustedes desean entristecerse, léanse el *Tratado de las pasiones* de Descartes, donde diseña el *hombre máquina* impassible que piensa y actúa *comme une machine*: saludemos al ingeniero burgués que sólo se preocupa de su ego bien remunerado cuando construye *ingenios* o fábricas.

Hasta aquí el estrecho y frígido *pienso luego existo* racionalista, al cual contraponen la logoterapia su *soy amado, luego existo*, cuyo último porqué o fundamento es este otro: *tú me dueles, luego eres importante para mí*. Veámoslo.

En el *soy amado* ¿cuántas personas aparecen? Por lo menos dos, lo cual significa que pensar es relacionarse dialógicamente. El pensamiento no es unidireccional, sino de ida y vuelta, casi siempre de forma disimétrica. Soy amado, es decir soy co(m)padecido por ti. La perspectiva del *tú y yo* que inaugura la fenomenología y que Martin Buber hace posible para la terapia relacional dice: yo no soy yo, y tú no eres tú sino cuando los dos nos damos la mano terapéuticamente en nuestro *ahora*. Nuestro *ahora* (*maintenant*) añadirá Jean Luc Marion, es *tu mano* (*main*) sosteniendo (*tenant*) *mi mano*. Yo soy ahora tu mano sosteniéndome, tú eres ahora mi mano sosteniéndote. El yo entre ambos, el nosotros entrambado.

Llegados aquí convendría recordar que *terapia* viene de *therapeuo*, con su ámbito tridimensional que mentaba: a) horizontalmente, el cuidado que deberían dispensarse los dioses y los héroes del Olimpo entre sí para no arruinar su casa u *oikós* ecológico, a pesar de sus discordias permanentes; b) descendientemente, el que les era debido a los dioses respecto de los hombres si éstos se hacían respetuosos merecedores del mismo ofreciéndoles sus primicias, recuérdese que, cuando ya los hombres no quisieron ofrecer sus mejores diezmos a Zeus, éste les “desempoderó” partiéndoles literalmente por la mitad, degradándoles de este modo a sobrevivir “superyoicamente” hasta su liberación o resurrección antropológica total, de lo que son paradigmas Prometeo y Sísifo, que entre otros muchos se rebelaron contra los dioses y vivieron como resultado de ello en la impotencia y en el descuido; c) caritativamente, la hospitalidad de los médicos para con los enfermos en los primeros hospitales griegos que se convertirán a la vez en escuelas de filosofía y teología<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Hace 2.400 años los honorables Hipócrates, Andrómaco, Dioscórides o Galeno, *therapeutas* que observaban humores, flujos y disposiciones viscerales con una visión holística (*mundo-hombre-trascendencia*), crearon una medicina con la que otros

Por otra parte, la formulación *soy cuidado por ti luego existo gracias a ti, soy amado por ti luego existo por tu amor* abandona la voz activa de Descartes y adopta la voz pasiva para significar que siempre hay otro que se nos adelanta en el cuidado. Aquí la pasividad del uno (del “soy cuidado”) sólo cabe gracias a la actividad de otro que le cuida, algo desconocido totalmente por el solipsismo o solitarismo cartesiano. Sin embargo la formulación *soy amado por ti* proclama la gracia, la gratuidad, de saberme gratuita e incondicionalmente amado por ti antes incluso de yo te amara (entonces tú te adelantas), o después de que yo te amara (entonces yo me adelanto), o al mismo tiempo (entonces los dos nos adelantamos). He repetido cientos de veces ante auditorios muy diferentes de muchos países esto mismo, e incluso lo he escrito en muchos libros<sup>3</sup>, pero cada vez que así lo hago me emociono, se me hirsuta el cabello en la medida en que aquello que, desde la lógica de la simple amistad útil parecería imposible, aquí constituye la piedra angular: *la gratuidad del soy amado sin motivo ni razón, te duelo porque me amas*.

---

elaboraban medicamentos (*pastophoros, levites y migmatopodes*), otros recogían y estudiaban las plantas más simples (*herbarii, rhizotomoi*), otros fabricaban productos (*techne iatriké*), otros eran quiroprácticos diestros en la obra de la mano (*kheirourgoi*), otros esteticistas (*balneatores, barbitonsores*), otros médicos de urgencia con sus *Blitzdiagnosen* o diagnósticos relámpago para dolores agudos. Y con todo eso se fueron elaborando teorías para todos los gustos en el mundo romano, por ejemplo: *sola natura sanat solus tempus*, lo que sana no es la botica ni la rebotica, sino la propia capacidad de recuperación del cuerpo con la ayuda del bálsamo del tiempo, principio hipocrático tan optimista respecto de las posibilidades de la naturaleza como pesimista respecto de la capacidad de los fármacos; *quod pharmacum non sanat, ferrum sanat* (no hay más medicina que la *kirourgía*, agresión radical contra el agresor mal radical); *quod neque natura neque ferrum sanant, homo sanat* (todo se cura cuando el alma se cura); *nihil sanat*, a mayor ingesta de fármacos mayor indigestión, más hombre inodoro e insípido en lugar de menos *homo indolorus*.

<sup>3</sup> *Sobre el dolor y el sufrimiento y su espacio en una psicología fenomenológica* he escrito: *Dolet ergo sum. Para una reconciliación con el dolor*. Editorial Mounier, Córdoba, Argentina, 2005, 95 pp; *Ayudar a sanar el alma*. Ed. Caparrós, Madrid, 1997, 178 pp; *Y porque me dueles te amo*. Editorial Mounier, Madrid, 2012, 120 pp; *Del yo desventurado al nosotros radiante*. Editorial Mounier, Madrid, 2006, 133 pp. (2ª ed); *La fragilidad que hay en la felicidad*. Editorial Mounier, Madrid, 2006, 129 pp. (2ª ed); *Por respeto al otro*. Ed. Dos Mundos, Madrid, 2006, 100 pp; *Pedagogía de la salud comunitaria*. Ed. Progreso, México, 2007, 195 pp; *La salud mental soy yo mismo, la enfermedad mental también*. Editorial Mounier, Madrid, 2016, *Encuentro sanador y experiencia de sentido*. Ed. Sinergia, Guatemala, 2015, 308 pp; *Tu rostro me duele, luego existes para mí*. Editorial Mounier, Madrid, 2016; *Sufrimiento y esperanza se besan*. Editorial Sinergia, Guatemala, 2017; *Cuando tu sufrimiento y el mío son un mismo sufrimiento*. Ed. Desclée de Brouwer, Madrid, 2017, pp. 222 pp; *El miedo*. En prensa.

Pensar cualquier cosa es fácil para cualquiera, ahora mismo podemos representarnos mentalmente una ballena tan grande como el monte Everest, la imaginación es la loca de la casa. También en la relación *yo-tú* puede resultar muy interesante la comunicación meramente especulativa, pero un intercambio de pensamientos fríos no pasa de ser una relación de mercancía-sujeto a mercancía-objeto. Sin embargo la *logoterapia cálida* es una relación hermosa y fructífera de sentimientos de sujeto personal a sujeto personal en la que me siento existiendo en ti. Cuando dos corazones laten juntos como si fueran uno solo, según lo escribiera Horacio a un amigo en su dorada época, tú y yo somos *la misma* arpa tañida *ahora* por dos manos. En ese arpegio existencial antes olvidado y cubierto de polvo por la razón y ahora transformado en música celestial el hombre empíreo se transfigura. Aunque hablara todas las lenguas y supiera todos los saberes, si mi campana no retiene, es vana y vacía. No en vano la *vanidad* es la metáfora estética por excelencia: estar lleno de vacío.

### **3. El dolor es el precio del amor**

Me amas, existo, pero mi existencia tiene para ti un precio: si me amas tienes que intentar rescatarme, y eso porque mi sufrimiento hace saltar las alarmas de tu propio sufrimiento. *Nulla redemptio sine sanguinis effusione*, decían los clásicos: no hay redención sin efusión de sangre. La vida de quien ama, ha explicado finamente Emmanuel Levinas, se vive siendo *rehén del otro que me necesita*. De todos modos, exagere o no Levinas al respecto, la superficialidad de la vida trivial se encuentra a años luz de comprenderlo.

Ahora bien, si es muchísimo dolor y no puedo con tanto, ¿qué hago? Pues no cargues con él. Si te va a matar el dolor del otro, procura generar tu propio cinturón auto-profiláctico y aíslate. O da la vida por él, si el martirio por amor no te repugna. De tu libertad depende todo en última instancia. Yo no puedo con todo, ¿ustedes sí pueden? Pero podremos curar más y mejor si amamos más y mejor. De cualquier modo, aun el amor tiene su límite compasivo, en ocasiones no podemos amar más de lo que podemos si queremos seguir vivos. Ahora bien, tampoco podemos sanar más amando menos. Algo debemos tener muy claro en logoterapia: que nuestra ayuda sólo tendrá suficiente energía y potencia sanadora si en ella nuestro amor es más grande que nuestra obligación o nuestro sufrimiento por el otro; por el contrario, si tenemos más dolor que amor, no podremos auxiliar ni aconsejar, e incluso nos destruiremos a nosotros mismos cargando con un peso superior a la resistencia de nuestras espaldas. En este caso más que en ningún otro, venga a nosotros tu reino, hermana prudencia.

El sufrimiento es elástico, o te pasas o no llegas, pero en esto como en todo hay ciertos dolores que solo el amor de una madre o de alguien que nos prohija puede soportar.

Por otra parte –por otra parte muy importante- el terapeuta no debería querer ayudar a ser feliz a cualquier precio, como si no existiese el sufrimiento, como si la vida fuese una excursión, una *ataraxia* o indiferencia feliz a cualquier precio. Un padre no debería engañar a su hijo tetrapléjico en silla de ruedas con la promesa de que un día volará junto al sol, pues se le desprenderán las alas como a Ícaro. La *terapia regida por la razón cálida, es decir, la logoterapia* no está hecha para señorit@s constipad@s, pero tampoco para superhéroes como Prometeo, Sísifo, o Ícaro que buscan a cualquier precio la liberación de las cadenas para en ese patético empeño lleno de soberbia perecer.

Tampoco debería nadie ser dado de alta logoterapéutica si ello significase que puedo seguir robando y explotando ahora que estoy recuperado, y mucho menos alegando que robo por amar muchísimo a mi familia, cuando *post logoterapiam* o *extra logoterapiam* sigo explotando en mi fábrica a los padres de otros hijos que no son los míos y a los que no amo tanto. Logoterapia a cualquier precio no, gracias. La logoterapia, a diferencia de otras formas de terapia, exige decencia moral y no es tan sólo para arrojar personas “sensatamente curadas” a una sociedad indecente a fin de que se acoplen a ella, es para hacer incursión en el sufrimiento que ayuda a sanar el alma, y para así ofrecerse como testimonio de esperanza universal: es para desalambrar, para desencadenar, para liberar a los presos de su angustia concentracionaria.

El logoterapeuta no está ahí, en fin, para recibir una paga por su trabajo profesional. Yo al menos no quisiera para mí ni para los míos, ni para mis amigos, ni para nadie, ninguna felicidad económica que no fuese universalizable, realmente no la quiero si es solamente para mí. Como nos enseñó el maestro Emmanuel Kant, que de esto sabía mucho, no de la felicidad sino de la dignidad de ella, aunque nos cueste la vida, es de lo que trata la vida.

*Con tres heridas yo, la de la vida, la de la muerte y la del amor* escribe el poeta Miguel Hernández, y otro poeta aún más esencial, Antonio Machado, sintetiza lo mismo: *todo hombre tiene dos heridas que pelear, con su Leonor y con la mar*, con el amor y la muerte. *Eros y thanatos*, amor y muerte, no son dos energías separadas como nos enseñó Freud, sino una misma energía que puede orientarse contra ti y sin ti, puro instinto de muerte, o contigo y para ti, sanador instinto de vida. No hay un Dios del bien y otro del mal, no hay una mitad buena y otra mala. Esto queda para las novelas, aunque sean muy hermosas; en una de ellas, *El vizconde*

*demediado*, Italo Calvino nos presenta a dos vizcondes que se desafían en duelo por el amor de una dama, quedando el uno partido por la mitad por el tajo del sable del otro; sin embargo, y gracias a las ganas de vivir del *dimezzato* vizconde perdedor partido por la mitad, se afanará para que su parte buena reencuentre y abrace a su parte mala, no pudiendo vivir sin esa reconciliación terapéutica. Vean si es bueno el amor a una dama aunque nos batamos por ella, que si en el empeño odiamos el mal éste nos maleará y maleficará pero, si asumimos el mal de su parte herida, podríamos resucitarla *de entre* lo muerto.

Y, como no hay agonía ni terapia que cien años dure, ni cuerpo que lo resista, tampoco les torturaré más con esta conferencia que pide a gritos (a gritos sobre todo de los más desesperados por su excesiva longitud, supongo) su término. Rumiano estas cuestiones durante la mayor parte de mi vida, conversando como Quevedo con los difuntos, ajenos y propios, aunque no siempre de forma consciente, brotó en mí al fin un día, como el sarpullido de la varicela que irrumpe y rompe, el libro *Ayudar a sanar el alma*, y algunos años después su concreción en *Soy amado luego existo*, cuando comprendí que *soy amado* es la respuesta al *soy sanado*, y que entonces puedo decir con rotundidad *luego existo*. Últimamente, y en la tercera rumia, la de *Me dueles, luego eres importante para mí*, he hallado sobre todo que, sin compartir el dolor ajeno o el propio, ni se ama ni se ayuda a sanar ningún alma, propia o ajena. Sin embargo algo me está diciendo todavía que necesito todavía una rumia final para tratar de completar la digestión, aunque no sé a ciencia cierta si tendré la fortuna de roer ese duro hueso. En efecto, a veces pienso –perdónenme las almas pusilánimes- que quizá el último movimiento digestivo que me espera sea el de *defecarlo todo*, devolver todo a la vida vivida, aceptar esa fértil podredumbre compuesta de sufrimiento y de muerte que forman parte de la existencia, y que configuran su plenitud. De nuevo, inmerso en la las tres heridas de la vida, de la muerte y del amor, quizá en ese catártico momento de aceptación llegue el filósofo a superar su propia condición de gusano para convertirse en crisálida poética, y ello no por negación sino por superación.